

¿LAS TRANSFORMACIONES DE LA MASCULINIDAD?: MODELOS DE VIRILIDAD ESPAÑOLES (1960-2000)

ANTONIO AGUSTÍN GARCÍA GARCÍA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID, DPTO. SOCIOLOGÍA V

aagarcia@cps.ucm.es

RESUMEN:

El análisis de las subjetividades masculinas de los varones heterosexuales de clases medias españoles en los últimos cincuenta años muestra un proceso paradójico. Mientras se comprueba que muchos elementos de la dinámica identitaria de la modernidad permanecen prácticamente indemnes, se reconoce un profundo cambio en los modos en los que este colectivo está encarnando la virilidad y experimentando su género.

La hipótesis que organiza este estudio plantea que la pervivencia de un modelo de (des)identificación desajustado a la actual revisión de las relaciones e identidades de género produce una serie de reacciones en las encarnaciones masculinas tendentes a una suerte de *enrocamiento* y/o *exaltación* de algunos sentidos de la masculinidad tradicional.

Por medio del análisis de una serie de relatos fílmicos (de los sesenta al presente) que permiten reconstruir los principales nodos en los que se representa la masculinidad hegemónica española (Connell, 1995) y desde el análisis de discursos producidos a través de entrevistas en profundidad (21) y grupos de discusión (2); este trabajo dilucida los términos de esta paradoja con la finalidad de señalar los principales vectores de cambio, resistencia y reproducción de las masculinidades tejidas en entornos de modernidad en el momento de crisis y revisión de la lógica identitaria moderna.

La principal conclusión apunta los modos en los que, en solo cuatro décadas, el modelo moderno del honor masculino (Mosse, 2000) ha dado paso a una expresión exacerbada del orgullo masculino que puede dar cuenta de elementos presentes en fenómenos contemporáneos como la violencia de género o los malestares masculinos.

PALABRAS CLAVE: masculinidades hegemónicas, subjetividades, representaciones, transformaciones

INTRODUCCIÓN

La masculinidad es inquieta. Siempre presas de sus propias contradicciones, las identidades masculinas se tejen en una continua tensión entre diferentes sentidos y formas de encarnar la hombría. La masculinidad misma es el producto de un juego complejo de comparaciones y contraposiciones ante una serie de sentidos asociados con un modelo hegemónico de masculinidad (Carrigan, Connell y Lee, 1985: 591 y ss.). La masculinidad vivida, la identidad masculina encarnada por un actor social concreto, es de por sí un desplazamiento. Tejemos nuestras identidades en ese juego que ha descrito Judith Butler como performativo, construyendo nuestra mismidad, siempre precariamente estabilizada y presa de su continua transformación, en una repetición sin fin de actos estilizados y así naturalizados como propios de un sexo (Butler, 2001: 172). Las masculinidades vividas van tejiendo su red en un conjunto de sentidos culturalmente establecidos que en ese bordado que representa la composición de una identidad termina por ir transformando (o consolidando) el propio hilo que emplea en su labor. En definitiva, y como nos recordaba Butler, no somos más que copias de copias sin un original (Butler, 1989: 338) lo que más que resolver el problema de hacia dónde se dirigen nuestras masculinidades en la actualidad, objeto del presente texto, nos pone en la pista de la naturaleza voluble de eso que construimos como hombría.

Por medio de nuestras formas de encarnar la hombría, los sentidos culturales que forjan la masculinidades hegemónicas van cambiando, van construyéndose nuevos modos de entender la propia virilidad y, lo que quizá es más importante, de desplegarla en nuestras vidas cotidianas y convertirlas en modos de actuar, de pensar y relacionarnos con quienes nos rodean. En este

sentido, podemos ver la masculinidad como efecto de un juego complejo de exposición (García, 2009): nuestra exposición a los modelos disponibles en nuestros entornos culturales que incorporamos (siempre de forma parcial, reinterpretándola y recomponiéndola) en nuestras encarnaciones, pero también la exposición (siempre pública y para otros) de nuestros modos de ser que terminan por cambiar el modelo cultural mismo y así los sentidos.

Pues bien, es necesario partir de este nodo para poder avanzar en el que es el objetivo de este texto, esto es, cuestionar la naturaleza de las transformaciones contemporáneas de las masculinidades en nuestro país y sopesar la dirección y sentidos socioculturales que están articulándose en torno a la vivencia de la hombría. Uno de los debates que de forma repetitiva se asocia con este tema es el que tiene que ver con la denominada 'crisis de la masculinidad'. Desde los medios de comunicación hasta un buen número de textos académicos han presentado diferentes argumentaciones que tienden en gran parte a señalar que la masculinidad está cambiando de arriba abajo, separándose de los modelos tradicionales y avanzando a nuevas y más equilibradas formas de entender la hombría. Si bien es cierto que algunos de los textos que se han producido al calor de la tesis de la crisis masculina han avanzado importantes elementos y diagnósticos sobre problemas contemporáneos en torno a las masculinidades (cfr. Pleck, 1981; Castells y Subirats, 2007), el énfasis en el tropo de 'la crisis' termina por apagar el interesante debate sobre los matices y consecuencias de los cambios recientes en las identidades masculinas; pareciera que una vez argumentada la 'crisis masculina' poco más tendríamos que decir. En este sentido, podemos entender la propuesta de Elisabeth Badinter cuando plantea que la actual (quizá ya la

anterior) crisis de la masculinidad no es más que una entre otras (Badinter, 1993: 26). Pero, ¿hasta qué punto nos encontramos hoy con una revisión de los modos tradicionales en los que nosotros, los varones, nos hacemos con género? ¿Cuáles son las coordenadas de esta transformación? Y lo que quizás resulta más interesante, ¿hacia dónde se dirigen las revisiones contemporáneas de la masculinidad?

El presente texto aporta una respuesta a estas preguntas a través de un estudio concreto sobre las transformaciones en las representaciones y encarnaciones de la masculinidad en nuestro país entre 1960 y 2000, para ello presentaré en el siguiente punto los puntos de partida de la presente investigación y sus pormenores metodológicos para más adelante, ya en el segundo punto, comentar de modo esquemático algunos de los resultados de mi análisis y volver a los interrogantes planteados en las conclusiones.

ENFOQUE Y METODOLOGÍA: INVESTIGANDO LAS TRANSFORMACIONES RECIENTES DE LAS MASCULINIDADES EN ESPAÑA.

Las masculinidades son esquivas. Se escapan a su caracterización por medio de rasgos y cualquier intento de reducirla a una serie de elementos fijos está destinada al fracaso en tanto que siempre dejará incompleta o sobrepasará las masculinidades que encarnan los actores sociales concretos. Las masculinidades no son sustancias, ni biológicas ni sociales, sino que para definirla tenemos que recurrir a la dinámica sociocultural de identificación que articulamos para configurar los sentidos, límites y atributos de la hombría.

La masculinidad, dicho de otro modo, es siempre en relación. En primer lugar, porque la masculinidad es el producto de una construcción sociocultural,

siempre pertenece a un contexto concreto y toma su sentido en él. En palabras de M. Kimmel, «[a]l poner la hombría en contexto histórico se presenta de modo diferente, como una colección de sentidos en constante cambio que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con otros y con nuestro mundo. La hombría nunca es estática, nunca atemporal. La hombría no es la manifestación de una esencia interna; es socialmente construida» (Kimmel, 1997: 5). Podemos plantear un segundo nivel en el que la masculinidad se presenta como relación, esto es, por medio de la masculinidad nombramos unas determinadas relaciones de poder sobre las que se estructuran las posiciones en un sistema de género (Connell, 1995). Por último, y sin ser independiente de los dos puntos anteriores, la masculinidad puede entenderse, a nivel de las identidades, también como una relación. Primero, porque nuestras identidades se establecen siempre en relación con otros, a través de relaciones de mismidad y alteridad vamos encontrándonos y desplegando nuestras posiciones y disposiciones de género; pero también, y en segundo lugar, porque nuestras subjetividades de género sólo pueden entenderse como una relación con esa serie de sentidos que se articulan socialmente en torno a la noción de la correcta hombría, como plantea Teresa de Lauretis, en definitiva, el género (y la masculinidad como parte de él) puede definirse como una cadena significativa siempre en marcha en la que vamos construyendo qué significa ser un hombre (o una mujer) y que tan sólo se detiene al ser encarnada por y en una subjetividad (de Lauretis, 1992: 282).

En definitiva, para dar cuenta de esta masculinidad como parte de un sistema de género atravesado por relaciones de poder, ya sea en su nivel simbólico, estructural o identitario, tenemos que dar cuenta de una dinámica (de una

relación, si se prefiere) y no tanto de una sustancia acabada o un modelo cerrado. En este sentido, la masculinidad puede definirse como *una dinámica de (des)identificación sociocultural*.

Sólo desde una perspectiva de este tipo es posible despejar algunos de los elementos presentes en las revisiones de la hombría contemporáneas. Un acercamiento como este propone, por tanto, atender tanto a (1) la dinámica de identificación en la que se fragua nuestra hombría como (2) al contexto sociocultural en el que hoy se despliega y toma sentido.

Repasemos cada uno de estos elementos aunque sea de modo esquemático¹. Cuando hoy hablamos de masculinidad, en el contexto de una sociedad occidental moderna, nos referimos a un modelo identitario concreto que se fraguó en los albores de la modernidad europea. Como plantea G. L. Mosse en su análisis de *La imagen del hombre*, la masculinidad que hoy conocemos y vivimos se funda en la construcción del estereotipo moderno de hombría (Mosse, 2000). Un estereotipo es, ante todo, un modo de fijar y tipificar (Fernández-Llebrez, 2004: 30). El estereotipo moderno de la masculinidad, basándose en el sentido del honor de la hidalguía medieval, construye un modelo de hombría que reconfigura ese sentido del honor de acuerdo a la nueva sociedad burguesa: la masculinidad se equipara así con la ciudadanía y demanda de los varones una 'serena grandeza' (Mosse, 2000: 42) que se traduce en autonomía (negando toda dependencia de otros), responsabilidad (como control de uno mismo y quienes se entienden como a su cargo), capacidad de acción (frente a la pasividad que se entiende como femenina), y, muy especialmente, racionalidad como base que fundamenta el resto de

¹ Para una revisión de esta argumentación más pormenorizada y argumentada puede consultarse García, 2008.

facultades (en contraposición a la emoción que se entenderá como femenina y previa a toda cultura).

Alrededor del estereotipo moderno de la masculinidad se aglutinan diferentes efectos sociales e identitarios, podemos señalar tres. En primer lugar, detrás del estereotipo hay toda una concepción de los cuerpos y sus capacidades. Hasta los inicios de la modernidad, los cuerpos masculinos y femeninos, aunque entendidos como diferentes, no se conciben como polos de una dicotomía. La dicotomía sexual con la que seguimos entendiendo nuestra biología aún a día de hoy surgió como coartada de las nuevas ideas en torno al género que se establecen en estos años: las diferencias sociales entre varones y mujeres se entienden desde unos cuerpos que empiezan a explicarse como inconmensurablemente diferentes (Laqueur, 1994). Mientras que los cuerpos masculinos se entienden como una naturaleza controlable por la razón, la anatomía y fisiología femenina se concibe como demasiado animal o natural y alejada de toda cultura. Los cuerpos femeninos, especialmente con la descripción anatómica de la genitalidad, son descritos como cambiantes, volubles y fuertemente enraizados en nuestra naturaleza animal: las mujeres estaban abocadas a la naturaleza por su capacidad reproductora y su sexualidad, lo que debía explicar también su exclusión social ya que no eran muy de fiar por su cercanía a la emoción y así su dificultad para actuar de un modo racional. Pues bien, el estereotipo masculino moderno se ampara y traduce estas ideas en un orden simbólico, proponiendo un modelo de masculinidad concreto que tipifica el modo de desplegar y controlar la hombría de un modo racional. Por tanto, el estereotipo de la masculinidad no sólo expone un modo de ser hombre, sino que además excluye otros por poco

‘civilizados’ o racionales; precisamente aquí radica su fuerza de prescripción.

En segundo lugar, un modelo de este tipo tiene una serie de consecuencias en la organización social. La masculinidad deviene una ‘categoría política’ (Whitehead, 2002) en tanto que establece un modelo de organización social basado en esta supremacía de las capacidades masculinas y el poder sociopolítico de los varones. Las mujeres (y otros varones no ajustados al estereotipo) son excluidos de la ciudadanía y las funciones públicas, quedando relegadas al ámbito privado y entrando a lo público sólo a través de los varones a su cargo.

Por último, y aquí lo que más interesa para mi argumentación, en el estereotipo moderno de masculinidad se establece una dinámica de identificación fuertemente excluyente. Un estereotipo se define a través de sus afueras. La identidad que ocupa el centro, en este caso la masculina, aparece como el elemento no marcado frente a las marcas con las que se caracteriza a ‘los otros’ y justifica su exclusión. Ser un perfecto varón implica, por tanto, no tener ninguna de las marcas que definen a la otredad, esto es, no tener en primer término nada femenino, pero también ninguna de las características que se asignan a las masculinidades subalternas (desde el salvajismo que se imputa a los no europeos blancos o a las clases populares hasta el infantilismo que comparten, en esta descripción, menores y mujeres). Si observamos esta lógica a nivel identitario, lo que encontramos es una dinámica de identificación basada en la compulsión ante el miedo a la pérdida de la propia masculinidad. El estereotipo genera un vacío hacia dentro, no define qué es un hombre sino lo que no es. De ahí que los varones tengan que ser no siendo nada de lo que caracteriza a quienes quedan fuera: ser no siendo femenino, no siendo

irracional, no siendo dependiente... La masculinidad carece de marcas, su definición a través de la otredad termina por convertirla en un vacío. Por una parte, a nivel psicosocial esto se traduce en esta compulsión que se ha descrito en la literatura especializada que embarga las vidas de los varones en una continua competición y exposición frente al resto (especialmente otros varones) de la 'correcta' masculinidad (Kimmel, 1994). La masculinidad nunca está conseguida, siempre permanece en pugna, siempre demanda de nuevas muestras. Pero además, y por otra parte, una dinámica de identificación de este tipo construye una lógica masculina de la transparencia (García, 2009). La masculinidad habita el limbo de la falta de marcas. En los textos sociales de la modernidad se equipara con una posición universal. Esto puede explicar por qué, aún a día de hoy, la mayoría de varones carece de un discurso claro sobre la masculinidad, por qué les es difícil ver el género y sus efectos sobre nuestras vidas y por qué es tan compleja la revisión y ampliación de los modelos de masculinidad. Construida como un vacío y mantenida en este complejo juego de reflejos que propone el estereotipo, la masculinidad se asienta en un hacer que además se confunde con las capacidades propias de la humanidad en general. Al final, ser un varón es no ser ninguna de las cosas que hemos definido como específicas, es mantenerse en ese espacio de la universalidad que se explica como 'normalidad'.

En definitiva, la masculinidad no es más que la causa y el efecto de una relación de poder, configura una subjetividad capaz y habilitada socialmente para ocupar los principales espacios de poder y, a su vez, legitima este orden.

Ahora bien, no nos basta con entender esta dinámica sociocultural de identificación; también necesitamos considerar el contexto concreto en el que

se despliega para poder entender cómo actúa en un momento determinado. En nuestro caso, el de la sociedad española de principios del siglo XXI, tenemos que tomar en consideración el movimiento sociocultural de crítica de la modernidad. El discurso de la modernidad que da pie a la construcción del estereotipo moderno de masculinidad está hoy profundamente cuestionado. Nuestras formas de vida se han ajustado a las legítimas demandas de quienes fueron excluidos del relato moderno. Tras años de reivindicaciones feministas, de las minorías sexuales o las personas no europeas (especialmente los movimientos post-coloniales), nuestras sociedades han ido avanzando en la consecución de relaciones de género más equilibradas. Cuando desde estas voces se denuncia la parcialidad que construyó a los varones europeos, propietarios, heterosexuales y educados como sujetos de la modernidad, son estos varones los que frente a la evidencia de sus privilegios quedan ellos mismos en evidencia. Podemos entonces preguntar cómo están reaccionando frente a esta realidad y cómo están revisando, si lo hacen, sus modos de encarnar la hombría.

Partiendo de este punto, la investigación que aquí presento propone como hipótesis que *las representaciones y subjetividades masculinas de los últimos cuarenta años en nuestro país están ligadas tanto a la lógica de encarnación moderna como a la crisis de sus retóricas y al cuestionamiento de la posición-sujeto masculino. Por ello la invisibilidad de la transparencia, propia de la masculinidad durante la modernidad, se torna ahora evidente y se materializa en toda su dureza desde la exacerbación de algunos de sus elementos más tradicionales en el momento de su revisión y deconstrucción.*

Para llevar a cabo una revisión aplicada de esta hipótesis, preocupado por

los procesos de subjetivación de los varones a día de hoy, necesitaba diseñar una investigación capaz de poner en relación las actuales encarnaciones con los procesos culturales de cambio en torno a la masculinidad. Mi interés se ha centrado en el colectivo que mejor representa el conjunto de varones que se parapetó tras el estereotipo moderno de masculinidad, esto es, el grupo de varones de clases socioeconómicas medias, que se definen como heterosexuales, blancos, europeos, propietarios, educados... De cara a conocer sus formas de encarnar la masculinidad, además de revisar los datos disponibles en los indicadores socioeconómicos, realicé un análisis de los modelos de masculinidad que se desprenden de los relatos fílmicos de producción española con mayor audiencia entre 1960 y 2000. Éste se complementa con un análisis de discurso de narraciones de varones de diferentes edades (entre 20 y 62 años) y de clase socioeconómica media, en torno a temas de relaciones de género, igualdad y percepción de la propia masculinidad. Con esta finalidad se realizaron 21 entrevistas específicas y 2 grupos de discusión, aunque la investigación se nutrió de los discursos producidos en otras investigaciones realizadas en paralelo sobre temas como la violencia de género.

RESULTADOS: DE LA MASCULINIDAD DEL HONOR A LA ORGULLOSA.

Por razones de espacio es imposible plantear aquí un desarrollo pormenorizado de los resultados de la investigación². De cara a reseñar su principal conclusión me centraré en una comparativa entre el modelo de masculinidad a principios de los sesenta y el que se desprende en el último

² Para un análisis pormenorizado y atento a los diferentes vectores de cambio en estos años puede consultarse García, 2009 (disponible en internet).

periodo estudiado en torno a finales de la década de los noventa.

Es evidente que las condiciones de vida de los varones y, especialmente, de las mujeres han cambiado en ese lapso de tiempo. Desde los elementos más institucionales que tienen que ver con la asunción del principio de igualdad y su incorporación a los textos democráticos, hasta las cifras que nos permiten rastrear los cambios en las formas de vida en nuestro país reflejan un importante avance en la igualdad en las relaciones de género. Por poner un ejemplo, podemos observar la evolución de la tasa de actividad, especialmente significativa por el peso que adopta la entrada de las mujeres al mercado laboral como envite al modelo tradicional de sociedad paralelo a la moderna masculinidad así como por evidenciar la ruptura de las cadenas de dependencia que acompañan a este modelo de relaciones de género; en la Tabla 1 podemos ver que la tasa femenina prácticamente se dobla entre 1960 y 2000 mientras la masculina cae en casi 20 puntos. Me interesa especialmente comentar la última columna en la que aparece el índice que representa el peso de la actividad masculina tomando la femenina como norma. Si observamos este dato, para 1960 la tasa de actividad masculina era 3,5 veces mayor que la femenina, en cambio, en 2000 está es 'tan sólo' de 1,6. Este dato nos da una buena medida del estado de las relaciones de género en nuestro país. Tan absurdo como negar que las condiciones de igualdad han mejorado, sería hablar de igualdad efectiva; a la luz de este dato se puede ver que en nuestra sociedad sigue habiendo un fuerte desequilibrio de género, la tasa de actividad sigue siendo 25,12 puntos menor para las mujeres que para los varones, lo que resulta aún más grosero cuando se pone en relación con las tasas de paro ya que para 2000 era más del doble para el caso de las mujeres (9,29% para

varones y 19,68% para las mujeres). En definitiva, estamos en un proceso de cambio hacia sociedades más igualitarias pero los varones cuentan con ciertos privilegios sociales³.

Tabla 1. Tasas de Actividad 1960-2000

Tasas para cada sexo y comparativa (diferencia y masculina expresada sobre femenina)

<i>Año</i>	<i>Total</i>	<i>Varones</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Diferencia</i>	<i>Varones:Mujeres</i>
1960	52,70	84,40	23,80	60,6	3,55
1970	51,20	81,60	23,80	57,8	3,43
1980	50,05	73,93	27,77	46,16	2,66
1990	50,96	68,43	34,56	33,87	1,98
2000	53,98	66,88	41,76	25,12	1,60

Fuente: elaboración propia desde Garrido, 1993 y datos INE (EPA IV Trim.)

Ahora bien, ¿qué está pasando con los modelos de hombría en el contexto de esta transformación de las relaciones de género? Existen diferentes explicaciones que hablan de resistencias o actitudes contrarias al cambio entre los varones que ven peligrar sus privilegios. Sin negar que pueda haber un reducto de varones que se atrinchera en estas posiciones, desde un análisis de los modelos y subjetividades de la masculinidad en nuestro país lo que se desprende tiene más que ver con la incapacidad de articular nuevas formas de encarnación por el peso que adopta el modelo moderno en nuestros imaginarios.

Si nos detenemos en los mediados de los sesenta, que las masculinidades se siguen tejiendo en términos muy parecidos a los de los modelos de principios de la modernidad. De hecho, con el discurso retrógrado del franquismo y su incorporación de elementos tradicionales (la organización

³ Un muy buen repaso del estado de la cuestión en estos temas puede consultarse en González Paredes, 2008.

estamental y jerárquica de la política, el modelo social basado en la familia como unidad...) se refuerza el honor como principio básico de la masculinidad. Es cierto que en esta década, como efecto del desarrollismo y los primeros pasos de la sociedad de consumo paralelos al aperturismo del régimen franquista, las masculinidades comienzan a lidiar con una realidad que en cierto modo las desestabiliza. Lo interesante es que las representaciones fílmicas de estos años, como reflejo de la moralidad imperante, bandean estos envites por medio de la reconstitución de la masculinidad más tradicional. Es el caso, por ejemplo, de *La ciudad no es para mí* (Lazaga, 1966), donde nos encontramos con un discurso profundamente reaccionario frente a la industrialización y el desarrollo de las grandes urbes y la vida (licenciosa y fuera de control) en las ciudades. Paco Martínez Soria encarna a un anciano de un pueblo aragonés que viaja a Madrid para vivir con su hijo, médico en la ciudad. El relato nos muestra a un varón (el padre) que ha de restituir el honor de la familia (del hijo) ante el fantasma de la infidelidad que ronda a su cuñada. Envuelto en una loa a la vida rural y los parabienes de las comunidades tradicionales, la película representa un decálogo de la perfecta masculinidad del honor. El varón aparece como responsable y supervisor del buen discurrir familiar, absolutamente cómodo en el control de los impulsos propios y ajenos, aquí encarnados en la voluble condición femenina de la cuñada que aunque presentada como una buena persona es presa de ese peligroso deseo sexual ante los requiebros de otro varón. El varón, en definitiva, será el encargado de hacer valer la razón y así asegurar el orden social. En esta película, como en muchas otras de la época, encontramos una fiel recreación del modelo de masculinidad que se establece en la época: el de un hombre que asume su

responsabilidad dentro de un modelo social y desde ella despliega su fuerza de control sobre lo propio (ya sea uno mismo o quienes están a su cargo). Resuena así esa 'serena grandeza' de la que nos hablaba G. L. Mosse para caracterizar el estereotipo moderno de masculinidad.

La masculinidad, por tanto, puede entenderse en este momento como una masculinidad absolutamente integrada en las relaciones sociales y de género de la época, comprometida en esa contención que venimos comentando. Sin problemas ni fisuras, la masculinidad ocupa el espacio central de la sociedad y puede mantener su transparencia de un modo apacible: no ha de demandarse ni decirse, la masculinidad tradicional y los sentidos sociales sobre los que se asientan simplemente se dan por sentados, se asumen y no es necesario ni nombrarlos para que se apliquen. Así se desprende de lo que narraba un entrevistado cuando se trataban los problemas de la masculinidad en la actualidad y la complejidad que habían adoptado las relaciones de pareja:

«Que nosotros no había respuesta de palabra, sino estaba el hecho, que se respondía con el hecho y ya estaba, y aquí [en la actualidad] no, se responde con la palabra ¿sabes? desde mi punto de vista» (EP17, 62 años).

Si miramos hoy a los sentidos y encarnaciones de la masculinidad observamos que tanto el contenido de las representaciones como las subjetividades concretas de los varones heterosexuales de clases medias han cambiado de forma radical. Aquel mundo ya no es el nuestro y tanto la realidad que se desprende de los datos como la que rezuma en nuestras relaciones cotidianas señala a un contexto bien diferente.

Las masculinidades se han vuelto problemáticas. Los años setenta y ochenta representan un envite a la masculinidad tradicional. Por una parte, por el peso

que adopta en nuestro entorno el principio de igualdad y los efectos de las críticas que surgen de los movimientos feministas así como de otros colectivos. Pero también porque los varones han asumido esos principios y no están cómodos en esas posiciones tradicionales. Sin detenerme por cuestiones de espacio (véase Cuadro I), estas décadas sumen a la masculinidad en una espiral de confusión y la atraviesan de contradicciones. La masculinidad no está cómoda consigo misma y entra en un juego de renuncia de los valores más tradicionales de la misma (el autoritarismo, el poder jerárquico...), aunque paradójicamente este movimiento no se acompaña para la mayoría de la población con una revisión de las relaciones de género. De hecho, en estos años se establece la peligrosa conexión entre género y mujeres. Dicho de modo breve, la masculinidad empieza a ser problemática pero la solución pasa por una entrada a esa ciudadanía excluyente de las mujeres y no tanto por una revisión de los modos de identificación de la hombría.

Cuadro I		
Evolución de los modelos de masculinidad en España (1960-2000)		
MASCULINIDAD INTEGRADA (1960-1971)	Parte de un modelo social Masculinidad como control	HONOR Función social Contención
MASCULINIDAD CONFUSA (1972-1989)	Los peligros del exceso Masculinidad como contradicción	∨ ∨ ∨
MASCULINIDAD AMENAZADA (1990-...)	Individualismo y amenaza Masculinidad como compulsión	ORGULLO Función expresiva Exaltación
Fuente: elaboración propia.		

Las transformaciones contemporáneas deben mucho a esta falta de revisión en periodos anteriores. Lo que nos encontramos hoy cuando atendemos a las representaciones de la masculinidad dista mucho de lo que había a mediados de los sesenta. De nuevo tomaré un ejemplo para mostrar estos cambios. A mediados de los noventa se estrena *Jamón, jamón* (Luna, 1995), la primera gran diferencia es que nos encontramos con un film que asume la masculinidad

como su objeto de representación. Así se publicita y se ve en la época, como una reflexión en torno a la masculinidad española, lo que de por sí ya da pistas de la pérdida de transparencia con respecto a épocas anteriores. Lo que encontramos en esta película es un relato complejo con una serie de relaciones afectivo-sexuales que muestran una faceta nueva de la masculinidad. La masculinidad se representa como competitiva y voraz, en cierto modo, adolescente e inmadura. Se pierde esa raigambre de racionalidad que parecía constituir el corazón de la masculinidad moderna y su espacio lo pasa a ocupar un deseo compulsivo de demostración de la masculinidad per se. No hay ya una labor social ni un deseo de control, en su lugar lo que surge es una mera expresión con la finalidad de exaltar los gestos más rudos de la masculinidad tradicional. En el relato filmado por Luna, en el choque de varias masculinidades de este tipo se agazapa la tragedia, con una escena final expone la crueldad de unos varones que en su demostración compulsiva de la hombría la emprenden a jamonazos. Lejos queda la tutela del orden social, frente a ello lo que aparece es una masculinidad en clave absolutamente individualista que recurre a sus gestos más toscos y recalcitrantes cuando se ve amenazada; frente al control que emanaba de la masculinidad tradicional, ahora encontramos una masculinidad orgullosa y expresiva que no escatima en su exaltación compulsiva.

Debemos tener cuidado para no confundir un relato fílmico con la realidad que viven los varones en nuestro país, pero considero que en él se recogen algunos parámetros de la masculinidad contemporánea así como de la dirección que adopta su transformación actual. Las masculinidades contemporáneas de este colectivo que componen los varones heterosexuales

de clases medias se viven como profundamente amenazadas. No se ha acompañado el cambio en las relaciones sociales de una revisión de los propios procesos de identificación y las subjetividades masculinas se tejen en un equilibrio difícil de mantener. Del mismo modo que en el caso de las feminidades hemos asistido a una apertura en abanico de los modelos disponibles, no podemos decir lo mismo de los varones. La masculinidad tradicional se entiende como problemática, ruda en sus gestos e injusta en su expresión más machista. Pero sigue sin considerarse que uno, en tanto que varón, tenga algo que decir en torno a su género y lo que éste implica:

«¿Qué definiría ser un hombre? Es que, es que no... [silencio]. Joder, te juro que es que jamás me hubiera imaginado que me hicieran esa pregunta, ¿eh? [pausa]. Es que no tengo el concepto de qué es ser un hombre, o sea, yo tengo quizás más el concepto de ser...de qué es ser un ser humano» (EP9, 32 años).

La transparencia sigue operando y las formas de la compulsión y la muestra continua de la correcta hombría siguen apareciendo como modos de hacerse con una subjetividad masculina. Aunque a la vez, a un nivel social, esa transparencia está más que cuestionada, deconstruida y señalada en su injusticia. En definitiva, para entender las masculinidades contemporáneas y la denominada actual crisis de la masculinidad tenemos que considerar esta paradójica forma de acercarnos a nuestra propia hombría.

CONCLUSIONES: LA MASCULINIDAD FRENTE AL ESPEJO

Si volvemos ahora a las cuestiones que planteaba en la introducción de este texto, podemos responderlas a través de las coordenadas que he desplegado en mi presentación. Ahora se entenderá por qué veo problemática

la expresión 'crisis de la masculinidad' pues me pregunto sobre qué crisis hablamos. Sin duda hay una ruptura, no estamos en el mismo contexto sociocultural en el que se implantó y asentó el modelo moderno de masculinidad. En cambio, parece que esa ruptura no termina por separarnos de los modos tradicionales de subjetivación masculina. La masculinidad sigue definiéndose por esa relación estereotípica que contrapone una identidad central frente a otras posiciones marcadas y etiquetadas en su otredad. La masculinidad continua siendo un vacío, expresado en esa sorpresa con que un entrevistado decía no pensar tan siquiera en que alguien le preguntara qué define para él la hombría.

En este sentido planteo que la masculinidad, en su transparencia, está hoy quebrada. Quebrada porque nos encontramos con unos varones que en el momento en el que se evidencia su posición de privilegio, se quedan absolutamente noqueados en el fuerte abrazo de la dinámica de identificación tradicional. Como si se tratara de un armazón transparente que durante mucho tiempo corría parejo al modelo social imperante, la masculinidad ha ido encerrando a los varones en una especie de traje de cristal que hoy, en el momento de su revisión y crítica, muestra que, como el vidrio, por muy invisible que nos sea no deja de estar ahí. La imposibilidad de escapar de su talle es la dificultad para construir modelos alternativos de masculinidad. La fuerza con la que nos topamos con los límites de ese modelo es el origen del malestar masculino. Este malestar puede rastrearse en problemas sociales como la violencia de género (con unos varones quebrados frente a unas compañeras que se relacionan con ellos en términos de igualdad) o la exaltación adolescente de la masculinidad que late tras muchos casos de acoso por

razones de orientación sexual. Pero también es ese malestar el que nos puede permitir revisiones más productivas de nuestras identificaciones, no olvidemos que nuestras encarnaciones son múltiples y las estrategias que se despliegan ante el colapso del modelo moderno también pueden serlo, aunque para ello sea necesario asumir ese trabajo de revisión de nuestros modos de encarnar hombría y ensayar nuevas dinámicas de (des)identificación.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BADINTER, E. (1993), *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza.
- BUTLER, J. (2001), *El género en disputa*, Paidós, México D.F.
- BUTLER, J. (1989), «Gender Trouble, Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse», en Nicholson, L. (ed.), *Feminism/Postmodernism*, London & New York, Routledge.
- CARRIGAN, T., CONNELL, B., LEE, J. (1985), «Toward a New Sociology of Masculinity», *Theory and Society*, 14, (5): 551-604
- CASTELLS M. Y SUBIRATS M. (2007), *Mujeres y hombres. ¿Un amor imposible?*, Madrid, Alianza.
- CONNELL, R. (1995), *Masculinities*, Cambridge, Polity Press.
- DE LAURETIS, T. (1992), *Alicia ya no. Feminismo, Semiótica, Cine*, Madrid, Cátedra.
- FERNÁNDEZ-LLEBREZ, F. (2004), «¿“Hombres de verdad”? Estereotipo masculino, relaciones entre los géneros y ciudadanía», *Foro Interno*, 4.
- GARCÍA GARCÍA, A. A. (2009), *Modelos de Identidad Masculina: representaciones y encarnaciones de la virilidad en España (1960-2000)*, Madrid, UCM. (edición on-line: <http://eprints.ucm.es/9537/>)
- GARCÍA GARCÍA, A. A. (2008), «¿Qué le pasa a los hombres? A propósito de las dinámicas identitarias masculinas en la modernidad tardía», *Arxius*, 19.
- GARRIDO, L. J. (1993), *Las dos biografías de la mujer en España*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales-Instituto de la Mujer.

GONZÁLEZ PAREDES, B. (2008), «Hacia la igualdad entre hombres y mujeres. Cambios, límites y problemas hoy», *Página Abierta*, 194.

KIMMEL, M. (1997), ***Manhood in America***, New York, The Free Press.

KIMMEL, M. (1994), «Masculinity as Homophobia. Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity», en H. Brod, M. Kaufman (ed.), *Theorizing Masculinities*. Thousand Oaks, London & New Delhi, Sage.

LAQUEUR, T. (1994), ***La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud***, Madrid, Cátedra.

MOSSE, G. L. (2000), ***La imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad***, Madrid, Talasa.

PLECK, J. H. (1981), ***The Myth of Masculinity***, Cambridge, The MIT Press.

WHITEHEAD, S. M. (2002), ***Men and Masculinities***, Cambridge, Polity Press.